

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Dios, el sol y la ciencia

—Señor, tengo que comunicar á Vuestra Divina Majestad una grata noticia.

—¿Cuál?

—La de que los sabios todos del mundo, arrepentidos de su proceder, se determinan, al fin, á acordarse de Vos.

—¿Qué sabios?

—Los que á sí mismos se dan el nombre de sabios, y lo reservan tan sólo para los que se les asemejan ó son como ellos; esos que á su lado santo Tomás y san Buenaventura son unos pelagatos, unos ignorantes, unos pobres hombres de tres al cuarto.

—¿Cómo lo sabes?

—Les he oído decir «hay que estudiar lo, observarlo bien, hacer todo género de observaciones; y si para ello es menester dejar las comodidades, se dejan; si emprender largas jornadas se emprenden; si consumir gruesos tesoros, se consumen; y como lo dicen, lo hacen: aunque tengan que ir donde apenas nadie los entiende cuando hablan; acomodarse junto á unos islotes, en elevados picos ó promontorios, y hasta entrarse en los conventos.

—¿Irán á recrearse?

—Pero, Señor, á recrearse en un solitario recodo del mar? ó en la cumbre de una áspera montaña? ó en un pueblecillo de mala muerte? Además lleva cada uno de ellos consigo la mar de cosas: hay quien necesita todo un tren para lo que trae en pos de sí...

—Si no lo hacen para recrearse, no lo dades, lo hacen por tí, no por mí.

—Por mí, Señor? por mí, criatura vuestra?

—Sí, sí, tenlo por averiguado: como tú me eres fiel, y siempre cumples con escrupulosa exactitud lo que de una vez y para siempre te mandé, el día 30 van á ver si adelantas ó te retrasas en el cumplimiento de tus deberes? Todos te admiran y quedan embebecidos y suspensos al observar la grandiosa exactitud y maravillosa puntualidad con que me sirves, pues bien, llevados del amor á la ciencia, se dividen el globo, y en diferentes pun-

tos de él se ponen en acecho por ver si te ballarán en falta.

—De modo, Señor, que van contra mí?

—Creo que no, más tampoco en tu favor, y menos en mi servicio: son adoradores de la ciencia.

—Esos hombres tan sabios, esos hombres á quien la gente, boquiabierta y estupefacta, mira con ojos como naranjas: esos hombres que se quemaron las cejas estudiando, esos hombres tenidos por ilustres, pertenecientes á las más famosas academias, esos hombres á quien quizá mañana levanten los gobiernos estatuas de mármol ó monumentos de bronce, esos hombres, en fin, que ilustraron el lugar de su cuna, dieron nombre á las calles, fama á su provincia, renombre á la nación, gloria y prez al siglo en que nacieron, esos hombres, repito, ¿no os conocen, Señor? ¿no os alaban? ¿no os sirven?

—Siempre hay algún racimo en la vidia, ó alguna fruta en el árbol, ó alguna flor en el jardín, por más que la cosecha haya sido desgraciada, escasa la lluvia, fuerte el vendabal, y así también, aquí hay honrosas excepciones, pero en general esos hombres no me sirven, no saben lo que es amarme, á duras penas me conocen.

—Pues si no saben amaros á Vos, Señor, como se les honra, y se les protege, y se les aplaude por sabios?

—Así está el mundo: éste casi ha olvidado del todo que el principio de la verdadera sabiduría es el santo temor de Dios.»

—Pues decidme Señor qué he de hacer con ellos; cómo me he de portar. ¿Si ellos no os sirven á Vos, les he yo de servir á ellos? Hablad Señor proferid una sola palabra, que estoy á vuestro mandar.

—Tú no les hagas caso: desprecia su sabiduría, ó mejor su ignorancia: día vendrá, día de temor, de tristeza y de llanto, día que has tú de cubrir de tinieblas, en que no solo conozcan, más también confiesen y deploren su error, su engaño, su lamentable ceguedad, su funestísima ignorancia; por ahora tú obedece fiel, cumple como bueno, se puntual en hacer cuanto desde el principio te mandé.

—Pero, Señor, con todo el rendimiento que os debe la simple criatura, permitid-

me que os exponga, suplicoos con toda humildad no lo lleveis á mal, ¿no convendría darles pie para que conociesen ahora su error, mudasen de conducta, comenzasen á amaros, obedeceros y á servirnos?

—Dije y repito que tú, por tu parte, obedezcas fiel, cumplas como bueno, seas puntual en hacer cuanto desde el principio te mandé.

—Señor, seréis servido.

—No esperaba menos de tí: mas para que veas que agradezco tu solicitud en favor de los sabios ignorantes, desde ahora pongo en tu mano, y en lo que eligieres harás mi voluntad, que el día 30 te pongas ó no el gorro de dormir: si te lo pones, tendrán más luz y se quedarán bizcos; si no te lo pones, podrán ver y descubrir las manchas de tu rostro: ¡ojalá con eso lleguen á descubrir las de sus almas si las tienen.

ECLIPSE ESPIRITUAL

PENSAMIENTO INEDITO

La caridad es el sol de las almas y de los corazones. Ella es la que los alumbra y la que los calienta.

Cuando los hallamos fríos es porque entre ellos y su sol se ha interpuesto alguna miseria.

Procuremos borrarla y nos sentiremos de nuevo vivificados.

ADOLFO CLAVARANA

LA GRAN RESTA

El Boletín Eclesiástico de la diócesis de Cuenca publica el siguiente documento:

Contra la prensa liberal.—Los señores sacerdotes que han asistido á las tres tandas de Ejercicios espirituales, han tomado el acuerdo siguiente:

«Reunidos en santos Ejercicios espirituales en el Seminario Conciliar de Cuenca los sacerdotes abajo expresados, hemos ponderado una vez más los inmensos beneficios que Dios Nuestro Señor ha hecho á los hombres con la institución de la Iglesia católica, apostólica, romana,

única verdadera, y fuera de la cual no hay ni puede haber salvación.

Convencidos de la necesidad que todos los fieles tienen, y en especial los que por la suma bondad de Dios y sin mérito alguno de nuestra parte, hemos sido elevados á la alta dignidad del sacerdocio, de defender á la Iglesia, nuestra Madre amorosa, de los ataques que por todas partes se dirigen contra ella; y considerando que en los presentes tiempos la prensa rotativa liberal es la plaga moral de las sociedades modernas, porque inficionando las almas de los fieles con el espíritu de independencia, las aparta de la Iglesia de Jesucristo y las pone en camino de perdición, y que los periódicos que más daño hacen á la verdadera doctrina son los que, bajo el especioso título de liberales, engañan á sus lectores con artículos, noticias, anuncios y propaganda, en los que no se proponen otro fin que combatir á la Iglesia y desprestigiar á las personas y cosas santas.

Pensando en la presencia de Dios, la grave obligación que pesa sobre los sacerdotes católicos en las actuales circunstancias, de oponerse con todas sus fuerzas á la prensa liberal, resuelta y deliberadamente hemos acordado tomar la más firme y solemne decisión de no suscribirnos, comprar, leer ni favorecer, ya directa, ya indirectamente, á los diarios de Madrid titulados *El Imparcial*, *Heraldo*, *El Liberal*, *Diario Universal*, *La Correspondencia de España*, *El País*, y á los que en provincias sean sucursales de los mencionados y sostengan la misma doctrina, como igualmente á cualquier otro que ostente la filiación del liberalismo; y á influir, en la esfera de nuestras relaciones, para que otras personas hagan lo mismo, á fin de evitar, en cuanto esté de nuestra parte, el daño incalculable que tales publicaciones están haciendo en el espíritu religioso de los pueblos, conforme á la declaración condenatoria hecha por el eminentísimo Cardenal Sancha y demás reverendísimos Prelados que asistieron á la Asamblea, y que publicó la prensa católica de Sevilla y de toda España acerca de los periódicos referidos.

Y para garantía de nuestro compromiso, lo firmamos en Cuenca, á 27 de Julio de 1905.—(Siguen las firmas.)

Cuando Clavarana, nuestro llorado director, publicó el artículo «*La Gran Resta*», no faltó quien puso el grito en el cielo considerándolo como un despropósito; hoy, debajo del inmenso minero formado por la prensa liberal, partidos liberales, sociedades é individuos liberales,

etc., etc., hay ya un sustraendo de siete unidades; cantidad mínima, pero que es el comienzo de la gran resta, y probatoria de que ésta no solo es necesaria sino posible. Poco á poco se va lejos.

Es cosa singular: el que cobra dinero queriendo tener tan solo el bueno, lo primero que hacen es mirar si hay alguna moneda mala y apartarla; el que cosecha trigo, para juntar solo los granos de trigo, y sanos, lo criba á fin de separar las semillas extrañas y los granos malos; el que exporta fruta, una por una las va eligiendo con muy prolijos y dispendiosos trabajos: todo por quedarse con la sana y legítima, pues de otro modo el negocio es nulo; cuando dos pueblos se aprestan á pelear, forman sus ejércitos teniendo muy buen cuidado de darles uniforme distinto y completa separación en todo; y si alguno del otro bando se mezcla, paga con la vida su atrevimiento tachado de espía; ¡hombre! y cayéndose esto tan de su peso en toda clase de asuntos, solamente cuando se trata de juntar á los católicos enfrente de los que no lo son ha de fallar la regla?

Lo necesario del proceder adoptado por el clero de la diócesis de Cuenca es á nuestro entender tan evidente, que no podrá menos de cundir el ejemplo; y con media docena de ellos, de fijo se pone el asunto á punto de caramelo.

Vivir para ver.

AMANCIO MESEGUER.

UN PLAN DEL DIABLO

(INFORMACIÓN PERIODÍSTICA)

El diablo estaba hace días muy emocionado y con las lágrimas en los ojos.

—Vaya, vaya, no nos venga usted con mentiras, señor periodista; está visto que los de su oficio ó ejercicio, lo que sea, todos son ustedes lo mismo, por salir del paso y por llenar papel, capaces de espetarnos las patrañas mas enormes, y la que acaba de soltar es de las más gordas y tremebundas... ¡El diablo llorar!

—Tiene usted razón, querido lector, lo que acabo de decir es inverosímil; las lágrimas, las verdaderas lágrimas, porque las que brotan de la desesperación son rabia y no llanto, las lágrimas, digo, son bendito, purísimo rocío que el cielo otorga á las almas, se llora de compasión, de arrepentimiento, de dolor resignadamente aceptado, y el diablo ni se compadece, ni se resigna, ni se arrepiente. ¡como que tiene seco y endurecido el corazón!

—Entonces...

—Bueno sería, amabilísimo lector, que tuviera usted la bondad de no interrumpirme, porque si va usted destripando mi narración, esta resultará cuento de nunca acabar. Empezaba diciendo: el diablo estaba hace días muy emocionado y con las lágrimas en los ojos... é iba á añadir, cuando usted me atajó, y añadido ahora; fingiendo que lloraba, pues el muy sin vergüenza hipocritón, ó se había restregado los párpados con cebolla, ó los habría expuesto cerca de alguna bocanada de espesísimo humo del infierno para irritarlos y aguachinarlos. Movía en incesante culebreo el rabo, gesticulaba con nerviosos fruncimientos y muecas y lanzaba fuertes resoplidos, como los del fuelle de una fragua, sin duda para remedar suspirazos, profundos y recios de un enternecido y apenado corazón.

Así estaba el príncipe de las tinieblas, cuando llegué á su presencia dispuesto á celebrar con tan terrible personaje una *interview*, que me diese motivo para una extraordinaria información.

—¿Es con el rey del infierno con quien tengo la insoportable molestia de hablar? le digimos.

—Así es, me contestó lamentosamente, y noté que le brillaron los ojos de gusto al ver que se trataba de platicar con un periodista.

—Aunque estoy muy melancólico... me complace verte por aquí... en los infiernos, donde al fin y al cabo habrás de venir tú y todos los de tu oficio. Tú sabes que esta es tu casa... me dijo.

—¡Zapel exclamé dando un salto y estremeciéndome de terror... ¡Gracias! ¡Gracias! añadí, disponiéndome instintivamente á largarme.

—No te asustes, saldrás de aquí muy guapamente... ¿No ves que me convienen tus servicios? Ya se que eres de los que hacen oposición á mi política; pero no importa, bien ó mal has de hablar de mí y eso me basta. Es una de las tonterías de los periódicos católicos... ¡Poquito que me río yo de ello! Se publica un novelucho sucio é impío, ó suelta un disparatado discurso lleno de monstruosidades y blasfemias el último y el más estúpido de mis partidarios, seguidamente, vosotros, bobalicones, con el propósito de censurar, reprender y maldecir la obra y al autor, anunciáis el esperpento y dais nombre é importancia al mamarracho que lo hizo, el cual, en este caso puede decir lo que las lagartijas de la fábula: «Valemos mucho por más que digan.» ¿No ves como los liberales, mis esclavos, estudian con vosotros las astucia del silencio? Ellos

que son capaces de llamar sabio portentoso á cualquier gacetillero impío, no han hablado jamás de sabios, como el P. Urrabum, ni de otros. Así pues, como sé que no dejarás de dar en tu periódico noticias de mí y de cuanto te digo, y que la información será copiada por otros y correrá por todos y la transmitirán los teléfonos, y los telégrafos y cables submarinos. ¡Oh! la notoriedad es como uno de mis grandes inventos! Por esto te digo... que acepto la *interview*, y ante todo, te diré que estoy affigidísimo... ¡Tengo tan sensible el corazón!

Al oír esto quedéme espantado y miré con asombro al diablo, no pudiendo yo ni dominar en mí, ni aún disimular la sorpresa que aquel estupendo cinismo me causaba.

—¿Qué es eso hombre? ¿de qué te sorprendes? me preguntó arrugando el entrecejo de un modo, que me produjo espanto, y mirándome con sus fríos y fosforescentes ojos, hasta hacerme temblar de terror.

—No... no... na... nada.

—No te maraville lo que te he dicho... añadió Satanás con voz horriblemente meliflua: á mí no se me conoce, se me calumnia. Yo soy muy compasivo, no puedo ver lástimas sin compadecerme... y hacer lo posible por remediarlas. Veo, por ejemplo, á un hombre que está sufriendo la inquietud y desasosiego del deseo de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño... y yo, compadecido, le animo y hasta le facilito los medios de realizar el robo... ¿Pues, y cuando doy con alguno que, lleno de envidia, enloquecido por los celos ó abrasado por la sed de venganza se agita y revuelve por el afán de asesinar al objeto de su odio? se me parte el alma y me acerco á él y le impulso á cometer el crimen y hasta le pongo el arma en la mano... ¿Quién sino yo, procura que sacie su apetito el lascivo, y llegue á la embriaguez el bebedor y á la hartura el glotón? Ahora mismo ¿por qué estoy abatido? pues porque me preocupa mucho la situación de tu patria...

¡Pobre España!

—Al oír esto, confieso que se me hizo la saliva todo amargor de hieles en la boca y que debí poner una cara aún más fea que la del mismo demonio. Sentí que una veheméntísima indignación inflamaba ardiendo en mi pecho; me martirizaba el pensar que no le podría, en verdad, haber sobrevenido á España más infimo rebajamiento y afrenta que los que resultaban de que el diablo fingiese sentir y se atreviera á manifestar compasión por ella. ¡Ah! tan pronto, me dije yo... no te hu-

bieras atrevido á tanto... en otros tiempos... y tentado estuve por huir de allí... por no parecerme propio de un cristiano aquel trato... pero recordé que allí me había llevado un buen propósito y que cristiano era el Dante, y cristiano Quedo, y ya se sabe que bajaron á los infiernos, para ver y contar lo que en ellos pasaba.

Conoció el diablo mi enojo y me dijo ¡no te alteres, hombre! Ya te he dicho... que estás en tu casa... aquí á los periodistas os miramos como á unos *pobres diablos*. Pues como te decía, siento mucha compasión por España... Por lo tanto no olvides que has venido á celebrar conmigo una *interview*; así pues, no pierdas tiempo y pregunta lo que quieras.

Me armé de valor, que no poco necesitaba, para tratar con tan horrendo personaje y le dije:

¿Piensa su real Perversidad meterse en los negocios de España?

—Tiempo hace ya que estoy metido en ellos, me contestó: como que he establecido allí la moderna idolatría... la idolatría del estado... para lo cual me ayudan todos los liberales de todos los colores ¿he? de todos los colores, desde los rojos rabiosos hasta los de matiz gris, *mezclilla belga*, que está muy de moda... y pronto espero conseguir en tu tierra lo que ya creo que he conseguido en Francia.

—¿Que no haya más Dios ni más Santa María que el estado? repliqué yo con acento de mal contenido desprecio.

—¡Eso! pero no vuelvas aquí á pronunciar nombres que me molesta oír, me contestó revolviéndose en su asiento y dando fuertes bufidos de rabia.

—Quisiera, dije, que se me explicase eso de la idolatría del estado.

—¡Ah! mi grande obra ¡después del invento de los *liberales católicos*, no he tenido idea más feliz, dije y frotándose las garras de gusto, añadió; hoy los hombres y los pueblos están atados de pies y manos, en nombre de la libertad, por la absorbente centralización del estado. Los pueblos que antes disfrutaban de sus fueros de su autonomía, hoy en todo dependen del estado, no pueden administrar sus intereses, ni hacer mejoras en sus propiedades, ni emprender obra alguna sin que el estado se lo permita, y en el tiempo que él señale y con el dinero... Con la misérrima parte de lo que de continuo... le saca... quiera otorgarles... y esto si conviniere á los caciques favoritos y servidores del gobierno tal concesión... por manera que los pueblos arrastran una vida pobre y vergonzosa... y bastan unos meses de sequía... para que las gentes se

mueran de hambre... Entonces ya lo has visto... Aparece un ministro, recorre los affigidos pueblos donde millares de famélicos aldeanos, creyendo ver en el sujeto aquel un salvador... le aclaman, le adulan... oyen con entusiasmo sus arengas... y acogen con trémula alegría sus pompas y promesas... y hasta temblando de hambre... presencian el suntuoso banquete con que los Consejos obsequian al personaje y esperan resignados á que el ministro vuelva á la corte y les envíe... bien lo sabes... un puñado de pesetas que no basta para mantener durante un día á una centena de trabajadores, cuyo número se cuenta por miles... Con lo cual se consigue que estos infelices se desesperen, se enfurezcan... y se den á los diablos... que es lo que yo deseo... ¿Quién sino yo, ha podido maquinarse esta trama infernal?

—Y á mí qué? contestó cínicamente el diablo.

—No podrá importarle esto al infierno antes sale con ello muy ganancioso... pero resultará en daño de los gobiernos.

—A los liberales les tiene esto sin cuidado porque si les perjudica con la guardia civil y los cañones destruyen al pueblo... y si les conviene ya tienen gente con que armar motines y servirse de estos para su política... Eso según vengan las cartas del juego... Además, con echar la culpa al clero... salen del paso. Dijo el diablo, y lanzó una carcajada.

—Al clero? al clero á quien robaron sus bienes?

—¡Justo! si el erario, si la nación están pobres, porque mil veces mayor que la riqueza conocida es la riqueza que está oculta, ó porque los desatinos de los políticos y sus rapacidades infames nos arruinan... con decir que tiene la culpa el clero... el pueblo embrutecido por la esclavitud y envilecido por los papeluchos públicos... se traga la bola, y así como una vez fué el populacho engañado con aquello de que los frailes envenenaban las fuentes... así hoy se le hace creer que el clero es el causante de los males que affigen á España.

—¡Oh que maldad tan espantosa, exclamé yo.

—Con qué ya ves si me meto en los negocios de España. ¿Has visto lo que han hecho ahora en Madrid mis endemoniados amigos el gobernador y el alcalde? A primera vista parece que la cosa no tenía malicia... pero mira tú que carecer de malicia idea que yo *inspire*, sería cosa de ver! ¡Ah! qué *mandarindadas* y *alcaldadas* más famosas las de *caer por*

calles y plazas á los golfos y á las golfas y á los mendigos de Madrid... para luego amontonarlos y meterlos poco menos que prensados en cuadras y calabozos en nombre de la beneficencia oficial... ¡Qué golpe de efecto! Así se hizo ver que el estado debe regirlo todo y gobernarlo todo... que es dueño de todo... que lo puede todo... y en fin, así se hace resistencia al enemigo... que en Madrid paso á paso rompiendo el hilo de la indiferencia y la dureza del egoísmo va avanzando..., esgrimiendo las armas que más dañan en nombre de la maldita caridad.

—¡Jesús bendito! exclamé santiguándome y sin poderme contener... Estalló un espantoso trueno, el demonio dió un recísimo resoplido de fetidez insoportable..., tal que comparado con el nauseabundo olor de aquel aliento, el olor del azufre o de la podre, hubieran parecido aroma de rosas... brilló un relámpago de rojo fulgor, el diablo desapareció y yo desperté agitadoísimo en mi cama...

Ah malvado, grité, vanos serán tus intentos... los pueblos de España se redimirán de esa tiranía, no serán idólatras del estado... no, aunque pocos fuéramos los católicos, la fé nos alentaría, la oración nos haría fuertes... y libraríamos nuestra patria de tus garras... y así es de esperar, porque Madrid no ha respondido á la invitación que se le hizo para que contribuyera á ese intento de falsificar la caridad con la beneficencia oficial... Madrid no le ha entregado el alma... Madrid sabe porque lo ve que el último, el más pobre de los asilos religiosos está mejor organizado y sostenido que la mejor oficina del estado... Madrid sabe lo que vale la obra de las órdenes religiosas... ellas van conquistando alma por alma la sociedad. Los Trinitarios, los Salesianos, los Hermanos de la doctrina cristiana, los Escolapios, las Hermanas de la Caridad, las Hermanitas de los pobres... y en fin, tantas y tantas órdenes religiosas que sirven á la caridad y que en la tierra son como las falanges angélicas en el cielo... realizan, á pesar de las calumnias de la papeluchería y de los mitines que de tiempo en tiempo se les ha querido destruir... la portentosa obra de amparar á la doncella, al anciano desvalido, al huérfano abandonado, al pobre, al miserable, al pecador que se arrepiente... ellas, esas órdenes religiosas, fruto hermoso de la libertad cristiana, cumplen las santas obras de misericordia y ellas irán recogiendo esos golfos y esos mendigos... que tú has tenido que abandonar, porque la desconfianza pública te ha impedido... cumplir la maquiavélica obra que te proponías... Ellas ganarán para Dios á esos infelices... Y esta desconfianza pública es una consoladora señal... de que podrá el oficialismo, el centralismo haberse apoderado de la vida material de los pueblos de España..., pero todavía no se ha hecho dueño de las almas, y por lo tanto, no será fácil imponer todavía la idolatría del estado.

Esto dije, y creeme lector; que aún no sé si fue sueño ó realidad mi *interview* con el diablo... porque al descubrir las perversas intenciones liberales... veo que en efecto cumplían del diablo, y que sin

duda éste debió habérmelo revelado, porque yo, como tantos católicos españoles, soy tonto de remate.

JOSÉ ZAHONERO

ESTA ES LA HORA

¡Por vida del siete de copas! Estoy más quemado que un cabo de realistas. Es imposible luchar con los hombres. Me voy á meter en una tinaja, y me voy á poner la tapadera encima.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué le pasa á usted, don David!

—Es imposible, don Crisóstomo, imposible. La obra más difícil de este mundo es pasar una idea de una cabeza á otra.

—Aboque usted, hombre; aboque usted, y veamos.

—Le parece á usted, don Crisóstomo, que estamos en vísperas de elecciones, y aquí nadie se mueve.

—¡Ta..., ta..., ta...!

—Por más que me mato; por más que predico; por más...

—Suelte usted la honda, don David. Aquítese usted.

—¡Qué he soltar! Lo que haré será ponerle en lugar de piedra una bomba á ver si se despiertan los dormidos.

—¿Pero qué intenta usted, don David?

—Quiero fundar una Liga, pero enseguida; ahora para las elecciones.

—¿Una *Liga Católica*?

—No señor, una *Liga Antiliberal*.

—Bueno, es lo mismo.

—Es lo mismo, y no es lo mismo; porque ya se sabe que al decir católica se excluye todo lo que no lo sea; pero también la idea de católico excluye la idea de masón y, no obstante, hay una liga antimasonica; y aunque el catolicismo abomina de la esclavitud, hay liga antiesclavista; y la medicina va contra todas las enfermedades, y sin embargo, hay ligas antituberculosas; esto es, que la partícula *anti*, como negativa, lleva una fuerza de absoluta exclusión que declara terminante antítesis con la cosa excluida. Cuando decimos católico como opuesto á liberal cabe el más y el menos de liberal y de católico; mas si decimos *antiliberal*, no caben distingos.

—Si que caben, don David.

—Eso es para los trapaceros que aun sacan á rodar la monserga de los dos liberais; pero hoy ya está bien aclarado el concepto, y no cuelan esas artimañas. Si yo hubiera fundado un periódico, le hubiese puesto *El Antiliberal*. No comprendo como habiendo periódicos tan bravos á ninguno se le ha ocurrido ese título.

—Es que el nombre antiliberal, don David, restringe la acción de la liga.

—Eso es, cabalmente lo que hace falta.

El liberalismo es el campo de batalla en donde los gobiernos combaten actualmente á la Iglesia; y así como Gambetta dijo: *El clericalismo: ese es el enemigo*; nosotros debemos retorcer la expresión diciendo: *El liberalismo: ese es el enemigo*. De aquí la necesidad de que la liga sea exclusivamente *antiliberal*, y se llame *antiliberal*: nombre que lleva en sí poder selectivo, y que por sí solo basta para realizar la ineludible y temida resta.

—Nada, don David, me ha persuadido usted. Ande usted con ella, y cuente conmigo.

—Por mí no ha de quedar, don Crisóstomo; que ya le hice escribir un artículo á Clavarana, en este sentido; y aunque yo ni soy nada, ni sé nada, ni valgo nada, ni levanto el grueso de una uña; escudado con la conformidad de aquel justo y sabio, á todo me atrevo.

—Pues lo dicho, don David: adelante, y avise.

—Ya avisaré, si Dios quiere..., y cuaja.

AMANCIO MESEGUER.

MILAGROS DEL SUFRAGIO

Fue de interventor un día á un colegio electoral Gómez que no conocía el sufragio universal. El hombre, que no era ciego, estaba desde un rincón mirando hacer aquel juego de prestidigitación, cuando ocurrió presentarse por cuarta vez á votar uno diciendo llamarse José Gómez Escovar. Gómez en cuanto lo oyó echó á correr asustado, diciendo á todo el que vio ¡mi padre ha resucitado!

J. C.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. Se manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id. . .	1 " "
Un octavo id. . .	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.